

CAPÍTULO III.

El viejo catolicismo.

1248. Vimos á los galicanos uniéndose con los semiliberales contra la definicion del supremo primado del Romano Pontífice, y en especial de su infalible magisterio. Ahora está definido el dogma; ¿qué van á hacer los opositoristas?

I. Sumision
de los galica-
nos.

1249. Muchos obispos franceses, segun vimos, se presentaron al Concilio herederos de la doctrina de los antiguos galicanos, bien que, en la discusion, combatieran sobre todo la oportunidad de la definicion. ¿Qué harán estos últimos representantes del galicanismo? ¿Se someterán todos á la sentencia que condena su oposicion?

Sin duda, habíanse antes manifestado ardientes defensores de la Iglesia; pero se vió durante el Concilio hasta donde pueden excederse hombres muy conformes que sostienen una mala causa. ¿No escribieron al Papa, la víspera del día en que se dió la definicion, que perseveraban en su opinion, y que, no teniendo ya qué hacer en Roma, regresaban á sus diócesis (1)?

Además, todos los poderes que se han sucedido en Francia de dos siglos acá se han manifestado constantemente desfavorables á la suprema autoridad del Romano Pontífice. Es verdad que el Emperador de los franceses declaró á altos dignatarios eclesiásticos, antes del Concilio y durante la celebracion del mismo, que no sentiria pena alguna por ver definir la infalibilidad pontificia. Es verdad asimismo que convertido recien-

(1) La constitucion *Pastor æternus*, por el cardenal Manning.

temente en *emperador constitucional*, se halla rodeado de ministros semiliberales, muchos de los cuales, y entre otros el distinguido presidente del Consejo, entienden dejar al Concilio la libertad de definir lo que quiera y á la Iglesia la de creer lo que hubiere el Concilio definido. Pero por otra parte, heredero de Felipe el Hermoso y de Luis XIV, heredero y sobrino de Napoleon I, el Príncipe ha declarado en las Cámaras que, si el Concilio ataca «las libertades galicanas,» se verá en la necesidad de defenderlas. Algunos ministros se hallan unidos con estrecha alianza con los opositoristas, y si ya durante los debates, un miembro del Gabinete ha incurrido en la reprobacion del mundo católico por un *Memorandum* indigno de un hijo sumiso de la romana Iglesia, ¿no podrá ser que veamos á algunos ministros alzarse contra la definicion conciliar? ¿Será fácil á un príncipe, aunque de carácter templado, romper con lo que se llama las tradiciones gubernamentales de la gran nacion? ¿No le impulsarán á resistir á los decretos conciliares, ciertos obispos de la oposicion, que algunas veces han evocado ante el Concilio el espectro del Gobierno francés volviéndose cismático? En una palabra, ¿no serán arrastrados á sostener las famosas «libertades galicanas,» convertidas por siempre más en intolerable rebeldía, el Príncipe y su Gobierno?

Muchos católicos estaban temerosos.

1250. Mas hé aquí al Príncipe repentinamente comprometido en la guerra.

Nuestro patriotismo se conmueve aún dolorosamente al recordar los espantosos desastres que llovieron sobre Francia; quizás, sin embargo, en medio de nuestras lágrimas, hemos de reconocer la mano de la Providencia, preservando con nuestras humillaciones nuestra fe y la unidad de su Iglesia en peligro.

Con el Imperio liberal desaparecia, en efecto, por al-

gun tiempo el apoyo del galicanismo. Los obispos de la oposicion pudieron meditar las grandes y severas lecciones que daba Dios á nuestra patria y al mundo. Todos se habian sometido.

Uno de los más comprometidos tuvo pronto el honor de dar su sangre por la causa de Dios, y de borrar con el martirio lo que habia contristado á los buenos católicos en su actitud pasada. Todos los sacerdotes fieles de este partido siguieron á los obispos; el cisma se habia disipado.

II. Rebeldía de algunos semiliberales.

1251. Al lado de los galicanos habia los *semiliberales*. Todos los obispos occidentales de este partido se sometieron, la mayoría desde los primeros meses, algunos desde los primeros dias, y muchos con grande humildad. Gran número de sacerdotes y fieles semiliberales imitaron la obediencia de los obispos. Vióse apenas á un reducido grupo reclutado en aquellas filas negándose á aceptar la constitucion del Concilio sobre el primado del Sumo Pontífice, y dando principio á un cisma miserable y sin porvenir. Acabando de ser definida nuevamente como dogma la infalibilidad pontificia, pretendieron que era nuevamente enseñada y creida en la Iglesia. Rechazaban, decian, «los dogmas nuevos,» querian conservar «el viejo catolicismo» de que se habian separado los Padres del Vaticano, el Catolicismo de Jesucristo, de los Apóstoles y de todos los siglos anteriores. Tomaron en consecuencia, y se les dejó, el nombre de *viejos católicos*. Además, como «el nuevo catolicismo,» es decir, la creencia en el supremo primado de Pedro, la profesaban el Romano Pontífice y la mayoría de los obispos, juntando el cisma con la herejía rompieron la comunión con el Vicario de Jesucristo y la Iglesia universal. Así comenzaron el cisma y la herejía de los *viejos católicos*.

1252. Las principales cabezas fueron algunos heresianos. Dijimos que de todas las sectas semiliberales, nin-

guna tenia menos espíritu católico. Antes del Concilio y durante el mismo habian publicado gran número de libelos contra la infalibilidad pontificia y la Iglesia romana. Después del Concilio unos sesenta doctores, entre otros Döllinger, Schulte y Reinkens, alzaron la bandera de la rebelion. Muchas otras naciones tuvieron algunos apóstatas, pero en mucho menor número. Tales sacerdotes eran todos hombres hinchados de soberbia, de aquella soberbia de los sectarios, que, por más que saben lo qué es la Iglesia, prefieren sus propias opiniones á las enseñanzas de los obispos y del Espíritu Santo. Se les juntó el refuerzo de algunos sacerdotes de costumbres perdidas, ó enzarzados con sus obispos, que, para satisfacer viles pasiones ó miserables rencores, rechazaban la infalibilidad pontificia, que no tenian repugnancia alguna en admitir y que quizás habian ya reconocido, y se pasaron á un cisma que despreciaban. Adhirieron á estos rebeldes algunos legos; pero, además de que eran muy pocos, eran extraños ú hostiles á toda creencia, y entraban en el cisma sin conviccion, por interés, ó por odio á la Santa Sede y á la Iglesia.

1253. El cisma no hubiera tenido influencia alguna á no haber hallado apoyo en el gran canciller de Alemania. Creyó el estadista que tenia en él la ocasion de separar á los católicos alemanes de la comunión con la Santa Sede, y colocarlos bajo la plena dependencia del poder civil. Quizás se dejó persuadir por las cabezas del cisma de que los católicos de todo el mundo estaban estremecidos bajo el yugo del Papa, y que al momento de darse la señal de la emancipacion en Alemania, romperian con Roma todos los pueblos y Estados. Pensaron muchos que el gran canciller estaba influido por los sectarios, y no hacia más que cumplir un programa trazado de antemano. En todo caso, es de admirar que una inteligencia tan penetrante no hubiese advertido que

III. El viejo catolicismo en Alemania.

entraba en una senda donde infaliblemente sucumbiría, después de haber hecho odioso á los doscientos millones de católicos de todo el mundo el nuevo Imperio de Alemania.

1254. Con las famosas *leyes de Mayo* trató el canciller de Alemania de poner bajo la dependencia del Estado las Iglesias católicas. La Compañía de Jesús, y muchas otras Ordenes religiosas supuestas afiliadas á los Jesuitas, fueron expulsadas; y más tarde fueron suprimidas todas las Ordenes, salvo algunas Congregaciones hospitalarias. Cerráronse los seminarios eclesiásticos. El Estado se arrogó el nombramiento de los pastores, retiró la asignación á los que no quisieron declarar que se sometían al nuevo estado de cosas, y prohibió las cuestaciones y suscripciones para las necesidades del culto y el sosten del clero. Encargóse á Comisiones legas electivas la administracion de los bienes eclesiásticos. Se creó en Berlin un tribunal especial para juzgar las infracciones de las leyes de Mayo, y castigar con multas, cárcel y destierro á los obispos y sacerdotes culpables, y hasta declararlos depuestos. Prohibióse entrar en la escuela á los legítimos pastores, y se procuró corromper la enseñanza dada á los niños católicos.

Amanecieron días de luto para la Iglesia de Alemania. Llovieron multas y más multas sobre los obispos por actos de su jurisdicción espiritual; les sacaron los muebles á subasta, los encarcelaron, los hicieron trabajar con los criminales y como á éstos les señalaron con el número de orden. Declararon depuestos de sus cargos primero al Arzobispo de Posen y al Obispo de Paderborn, y luego á la mayor parte de los demás. Llenáronse de sacerdotes las cárceles de Alemania; y desterraron ó pretendieron destituir á gran número de ellos. Pero el canciller no halló más que á dos malos sacerdotes para reemplazarlos. Luego, gracias á las dis-

cretas instrucciones de los Prelados, los católicos acudieron al escrutinio para la eleccion de las Comisiones encargadas de administrar los bienes eclesiásticos; de esta suerte no pudieron invadir los cismáticos las iglesias y casas rectorales.

«Vuestra intrepidez y perseverancia, escribia Pio IX á los obispos perseguidos, han proporcionado un gran consuelo á nuestro dolor. El clero y los fieles os han imitado, venerables Hermanos, en la penosa lucha que se ha empeñado. Su firmeza en la custodia de los derechos y deberes de los católicos es tan grande, la conducta de cada cual es tan laudable, que se han atraído las miradas de todos los hombres y han excitado su admiracion (1).»

No obstante, la revolucion aplaudia; veía surgir una iglesia nacional, tal como la sueña, dependiente del Estado, independiente del Papa. Persuadiase de que los católicos se cansarian de resistir, se sujetarian al nuevo régimen, y por ende se irian al racionalismo. Condecoraba en consecuencia la empresa del gran canciller con el nombre de *lucha civilizadora, Kulturkampf*.

1255. No se limitó el cisma á Alemania. Las intrigas é influencias del canciller germánico, y la accion de las sectas masónicas, lo propagaron á muchos otros países, en especial á Suíza.

IV. El viejo catolicismo en algunos otros Estados de Europa.

En Ginebra, el viejo partido protestante de Calvino continúa viviendo con su odio secular á la Iglesia romana. A su lado se ha ido formando un poderoso partido racionalista, que á la par que afecta exterior indiferencia á todas las religiones, es en el fondo sumamente hostil al Catolicismo. La presion de fuera, y dentro las agitaciones de algunos hombres influyentes, juntaron los dos partidos en una coalicion contra la Religion ca-

(1) 5 Febrero 1875.

tólica. El nuevo vicario apostólico de Ginebra, el ilustre Mons. Mermillod, contra quien alimentaban los rencores de añejos celos los pastores protestantes, fué desterrado del canton de Ginebra, y luego de toda Suiza. Diéronse contra la Iglesia católica y en favor del cisma leyes asaz parecidas á las *Leyes de Mayo*. Las Comunidades religiosas, y hasta la de las Hermanitas de los pobres, fueron expulsadas. Se quitó la asignacion á los pastores legítimos, y se dieron pingües salarios á intrusos llegados de Alemania, de Italia, y sobre todo de Francia. Quitaron las iglesias y casas rectorales á los católicos, y las entregaron á los cismáticos.

El rasgo más singular de la persecucion de Ginebra, fué el simulacro de votacion á que se invitó á los católicos. Viéronse éstos llamados á votar para nombrar á sus pastores. Empero, en la Iglesia católica, la autoridad viene de arriba y no de abajo, del Papa y los Obispos, y no de los legos (1). Por lo cual, se abstuvieron de votar los católicos; sólo los viejos católicos fuéron á echar sus papeletas á la urna: unas veces se contaron veinte, otras diez, á menudo menos todavía, siendo la mayor parte racionalistas ó libertinos. Naturalmente, su eleccion recaía no en el pastor legítimo, sino en el intruso designado por el Gobierno. Al punto el elegido de aquel sufragio universal era considerado por el Estado como á único pastor católico, y le daban posesion de la iglesia, de la casa rectoral, de la asignacion y rentas eclesiásticas. El pastor legítimo debía reunir á su rebaño en un nuevo local, las más de las veces en un granero ó cobertizo, sin contar con otros recursos para su subsistencia y para el sosten del culto y de las obras católicas que con las limosnas de los parroquianos ó de los fieles de todo el mundo.

(1) Dijimos en otro lugar de qué manera y en qué sentido concurrieron los fieles antiguamente á la eleccion de sus pastores.

De esta suerte, á un puñado de herejes y cismáticos los reconoce el Estado por católicos, y como á tales les da posesion de los edificios del culto y rentas eclesiásticas; y á la masa de los fieles sumisos á los párrocos y al obispo legítimo, en comunion con la cabeza de la Iglesia, que creen lo que definieron los concilios ecuménicos, los mira el Estado como á disidentes, y, con este pretexto, los despoja de las iglesias y bienes eclesiásticos. Aquellos á quienes declaran católicos la opinion pública y el diccionario, son tratados de heterodoxos; y los que una y otro proclaman cismáticos, son reconocidos como católicos. ¿Habiase jamás violentado por semejante manera el lenguaje usual y el sentido comun?

1256. El Gobierno de Berna fué más lejos todavía que el de Ginebra. Declaró la destitucion de Mons. Lachat, obispo de Basilea, por haberse públicamente adherido á los decretos del Concilio del Vaticano. Suspendió en el ejercicio de su ministerio á los sesenta y nueve párrocos católicos del Jura bernés, por haber declarado que se mantenian adictos al obispo legítimo; los echó de la casa rectoral, y luego los expulsó del territorio. Redujo á veinte y ocho el número de parroquias, se arrogó el nombramiento de los pastores, y llamó á intrusos á muchos lugares. Cuando los pastores legítimos volvian á poner el pié en el canton los multaba y encarcelaba, y luego los expulsaba nuevamente. Los fieles empezaron á ir al territorio francés para oír Misa los domingos; pero el Gobierno prohibió aquellas piadosas excursiones á la frontera, encargó á los gendarmes sumariásen á los peregrinos del domingo y los encerrásen en la cárcel.

1257. En Zurich quitaron la iglesia católica á los fieles, y la entregaron á los cismáticos. En otros cantones hubo manejos tenebrosos.

Italia vió un conato de cisma en Nápoles, pero tan mi-

serable, que el Gobierno mismo no se atrevió á apoyarlo oficialmente.

Doquiera se topaba con la accion de las sociedades secretas y la presion del gran canceller de Alemania. Este hubiera querido arrastrar á todos los Gobiernos hácia el camino en que habia él entrado. No podia sufrir que los obispos extranjeros alzaran la voz contra sus empresas, y muchas veces, con ocasion de la publicacion de pastorales de obispos magnánimos, profirió contra Francia amenazas que sembraron la alarma en los consejos de Versalles.

V. El viejo
catolicismo en
Armenia.

1258. Las intrigas del canceller de Alemania llegaron hasta organizar el cisma en Oriente.

El cisma habia empezado ya durante el Concilio en un monasterio de monjes armenios de Roma. So pretexto de la futura definicion de la infalibilidad pontificia, y alegando además otras quejas contra la Santa Sede, salieron clandestinamente de la ciudad eterna algunos monjes y se separaron del centro de la unidad. Después de la proclamacion de la infalibilidad aumentó el número de los cismáticos, hasta alcanzar la cifra de mil doscientos ó mil quinientos. Lograron sus intrigas que á Kupelian, su cabeza, le reconociese el Gobierno turco por único y verdadero patriarca de los armenios católicos. Pronto la Sublime Puerta trata como cismáticos y herejes al patriarca legítimo Mons. Hassoun, y á sus cien mil fieles; y se traspasan á Kupelian y sus mil doscientos adeptos todos los bienes de la Iglesia armenia, que importaban unos cien millones de francos. Destiérrese al patriarca legítimo. Se expulsa á párrocos y obispos, invádense las iglesias, monasterios y hospitales, de la misma manera y con los mismos procedimientos que en Suiza. No sólo en Constantinopla, sino en las principales ciudades del imperio otomano, hasta en el Cairo, la fuerza armada echa de las iglesias á la

muchedumbre católica para hacer entrar en ella á algunos cismáticos.

1259. El cisma de los *viejos católicos* hubiera podido ser temible si lo hubiesen abrazado los obispos de la minoria del Concilio. En efecto, si ochenta ó siquiera cincuenta obispos hubiesen rechazado la Constitucion del primado pontificio, quizás hubiéramos visto una defecion parecida á la que afligió á la Iglesia en el siglo XVI. Empero, lo dijimos ya, la mayor parte de los opositoristas se apresuraron á someterse. ¿Qué podian hacer desde entonces algunos sacerdotes, por más que los apoyaran todas las fuerzas de un gran imperio?

VI. Causas
de la impotencia
del cisma.

Así que el número de legos que se adhirieron al cisma fué muy reducido. Reinkens habia dicho «que todo el bajo clero y centenares de millares de fieles sacudirian el yugo de Roma, si se proclamaba la infalibilidad;» y fueron apenas un centenar de malos sacerdotes, apenas veinte mil legos (1) los que abrazaron el cisma en Occidente, contándose muchos menos en Oriente. Su reducido número cubria de cierta ridiculez á la secta y á aquellos que la sostenian.

Reinkens, el nuevo obispo de los cismáticos de Alemania, fijó su residencia en la ciudad de Berna, donde eran más numerosos sus partidarios; contaba empero en 1876 con ciento treinta y seis ovejas en una poblacion de veinte y cinco mil católicos. En Oriente, los bienes eclesiásticos de ciertas iglesias, que llegaban hasta cien y aún doscientos mil francos, eran arrebatados á muchos millares de católicos y concedidos á quince ó veinte cismáticos. En Angora se despojó á doce mil católicos en favor de doce disidentes; en Adana, la iglesia, la escuela y el palacio episcopal católicos, con todas sus rentas, fueron la presa de un solo sacerdote y un solo lego.

(1) 17,000, segun un recuento hecho en 1876.

1260. Actualmente el viejo catolicismo ha muerto ó está muriendo en todas partes. En primer lugar, el imperio de Alemania ha reanudado sus relaciones oficiales con la Santa Sede; luego, tras largas negociaciones con el Sumo Pontífice, ha dejado reponer obispos católicos en todas las sedes, y acaba asimismo de abrogar solemnemente las famosas leyes de Mayo, á lo menos las más contrarias á la vida y libertad de la Iglesia. Armenia ha estado unánime ó casi unánime en someterse de nuevo al obispo de Roma. Después de largo tiempo, invitada Berna por el Consejo federal á instruir un proceso legal contra los párrocos católicos ó á llamarlos, les ha permitido entrar en ciertas parroquias; luego, después de algunas concesiones del poder episcopal, les ha dejado incorporarse de nuevo de las iglesias y casas rectorales.

Sin duda el Gobierno de Berna conserva cierto fondo de hostilidad á la Iglesia católica, de que participan muchos cantones y se traduce doquiera en desdichadas pretensiones de dominar la Religión y poner trabas á la accion de los legítimos pastores. Pero los hombres más eminentes de la Suíza protestante parece se inclinan en el día hácia el partido de la moderacion, acogen favorablemente las proposiciones conciliadoras de la Santa Sede, y los católicos abrigan la esperanza de disfrutar pronto de libertad verdadera en «la tierra clásica de la libertad.»

1261. Ginebra ha sido la obstinada por más largo tiempo en la senda de la persecucion. El obispo de Hebron, su ciudadano más ilustre, ha estado diez años desterrado de una patria que abre á todo el mundo sus fronteras. Se ha visto durante largos años á viles intrusos puestos por el Gobierno en la mayor parte de las parroquias del canton, y casi todas las iglesias entregadas á los cismáticos.

¿Pero habia de consentir la república de Ginebra ver á sus jefes sostener indefinidamente á los cismáticos, y tener á los católicos excluidos de sus iglesias? ¿Podrá soportar que su Gobierno continúe aún por más tiempo dando pingües asignaciones á sacerdotes que tienen tres, cinco, diez ovejas por todo rebaño, cuyo ministerio se limita á decir Misa rezada cada domingo en una iglesia casi desierta, y que, siendo odiosos á toda la poblacion, hacen odioso el Estado que los mantiene y los protege?

A estas horas parecen cansados los ciudadanos de Ginebra de ver después de tan largo tiempo perseguidos injustamente á los católicos; así lo atestiguan las elecciones de estos últimos años. Abrigamos la esperanza de ver pronto al Gobierno perseguidor reemplazado por un Gobierno decente, ó cuando menos verle retirar sus decretos de expoliacion y opresion. Aguardamos la próxima revocacion de los actos despóticos llevados á cabo por espacio de diez años contra una inmensa mayoría en provecho de una minoría ínfima, y que han reprobado en todo el mundo no sólo los católicos, sino tambien todos los espíritus sensatos. La Santa Sede ha suprimido el vicariato apostólico de Ginebra, cuya existencia se alegaba desde 1873 como principal pretexto de la persecucion. De esta guerra á los católicos se resienten los intereses temporales de la república. ¿Por qué los hombres pacíficos no han de lograr hacer triunfar en Ginebra los consejos de la moderacion y de la equidad? ¿Por qué allá, como en los otros cantones protestantes de Suíza, no ha de gozar la religion católica de la misma libertad que en los pasados años, y del mismo respeto que en la protestante Inglaterra y en los Estados protestantes de la América del Norte?

1262. No sólo ha perjudicado poco á la Iglesia católica el cisma de los viejos católicos, sino que le ha servido mucho. La ha desembarazado de un corto número

de sacerdotes soberbios ó escandalosos, cuyas doctrinas ó conducta eran para ella un oprobio, y para los fieles un peligro. Trocó á enemigos secretos en adversarios declarados. Ha sido, y permitánsenos las comparaciones, el albañal donde afluyeron las inmundicias de muchas regiones; el absceso que, al formarse en un punto, ha purificado todo el cuerpo.

Hijo natural del semiliberalismo, el viejo catolicismo ha revelado á todo el mundo la perversidad é ignominia de su padre. Los semiliberales habian dicho con frecuencia: «Seamos liberales y seamos católicos.» Pio IX y los obispos no habian cesado de repetirles: «A fuerza de ser liberales dejaréis de ser católicos.» Lo sucedido justificaba las predicciones de los Pontífices. ¿No resultaba evidente que el semiliberalismo, muy lejos de estar conforme con el Evangelio, es inconciliable con él? ¿Quién desconocerá en adelante que deja el fiel de ser católico á proporcion que va siendo liberal? ¿Quién hablará todavía de reconciliacion con «la revolucion,» con «la civilizacion,» con «las ideas y principios modernos?» ¿No queda por siempre más evidenciado que quienquiera se llama católico liberal, hace profesion de encaminarse hácia la herejía y el cisma?

La persecucion despertó la fe de los pueblos. Los fieles amenazados por el cisma, forzados á sufrir la presencia de sacerdotes intrusos, obligados á reunirse en graneros, recobraron un fervor que no tenian ya. Los obispos y sacerdotes perseguidos ganaron mayor aprecio y confianza de los pueblos. Castigados con multas, cárceles y destierro, y hostigados con medidas vejatorias, fueron delante de Dios víctimas expiatorias y saludables, y resplandecieron á los ojos de los hombres con la aureola de los confesores de la fe, la más bella después de la de los Mártires. El más ilustre de estos héroes dejó oír en todas las ciudades de Francia, Bél-

gica, Italia, Alemania y hasta de Noruega, los acentos de su dulce y penetrante elocuencia; y los pueblos movidos por tantas gracias y encantos, y por unción y piedad tan grandes, se preguntaron asombrados quiénes eran aquellos hombres que, en vez de abrazar las rodillas del nuevo San Francisco de Sales, le perseguian y desterraban.

1263. El cisma ha tenido para nuestra patria un resultado el más feliz, el de quitar á los gobernantes la tentacion de ensayar la fundacion de una iglesia nacional. Dijimos en otro lugar cuánto acarician este sueño los sectarios. Desde 1875, los hombres que ocupan el poder reproducen á menudo en sus discursos el pensamiento de una Iglesia sujeta al Estado; óyese á los más impíos hablar de «la religion de Bossuet,» y preguntar si el Estado del siglo XIX dejará de defender «las libertades galicanas.» Empero la imágen de la abortada empresa de Alemania se levanta ante ellos para advertirles que, si se lanzan á la misma aventura, irán á parar al mismo fracaso. En Alemania un canciller más poderoso y hábil que ellos tenia á su servicio todos los rencores excitados por la reciente definicion. Y no obstante, la empresa, herida desde su origen de universal desprecio, hállase hoy dia condenada por sus propios autores. ¿Cómo hombres de mediano talento, menos bien servidos por las circunstancias, podrán en Francia reanudar con éxito la misma empresa? ¿Dónde hallarán sacerdotes? Si no tienen sacerdotes, ¿qué será de su iglesia *católica nacional*? ¿Dónde hallarán siquiera legos? Así que, á pesar de sus ardientes deseos, no se atreven á ensayar el cisma: impotentes para separar del Romano Pontífice á los católicos, los vejan y fatigan, aguardando perseguirlos violentamente ó ser ellos arrojados del poder.

1264. Los *viejos católicos* no han logrado, pues, otra